

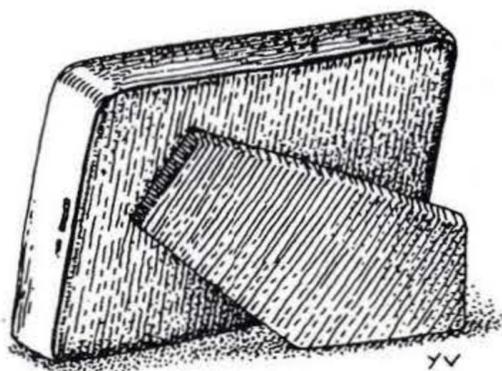
terés. En cambio, llevan al doctor López Michelsen a la conclusión de que, por causa de los mismos, ¡el libro acabará escandalizando al medio! Todo porque el asunto suele limitarse a la exposición directa, casi documental, de la experiencia sexual. Y es evidente que ello no llega a alcanzar trascendencia poética. Resultan, pues, inútiles —y, por el contrario, fatales— el énfasis y la vehemencia que, en gran proporción, pone aquí la autora. Leamos:

*[...] confundidos con el fuego
somos un volcán,
besos, suspiros, anhelos...
(...) esta pasión
que nos lleva a dejarnos amar
con todas nuestras borrascas...
(Vibración viento y mar,
pág. 61)*

Antes, en la página 47, en el poema *Mi alma te retrata*, había declarado que sus “caricias incipientes” fueron convertidas en “torrentes de amor”. En términos generales, el lenguaje de estos versos hace del sentimiento amoroso una cosa estridente y ampulosa.

Las conclusiones a las que uno llegue con relación a este libro no pueden ser, en ningún caso, halagueñas. Su deficiencia creativa es notoria. La *visión poética* de la autora está gobernada por un modelo retórico viejo y gastado. Por eso ni siquiera estamos seguros de que haya que reconocer en ella a un “valor promisorio”, como lo sugiere el ilustre prologoista. La poesía colombiana olvidará pronto este libro, como ha olvidado tantos otros que, igual, han pasado sin pena ni gloria. No niego que puedan encontrarse allí uno o dos versos afortunados. Al fin y al cabo, y creo que la idea es de Borges, la belleza puede también sorprendernos desde lugares mezquinos.

JOAQUÍN MATTOS OMAR



Apariciones indudables

Oculto ceremonia

Renata Durán

Editorial Emecé, Buenos Aires,
1985, 127 págs.

Desde los primeros poemas de este libro una presencia determinante: la de Octavio Paz. “Inventamos esta ciudad / todos los días / y París nos inventa” (pág. 15); “sombras de luz / luz de la sombra” (pág. 17); “Fuego de luz/resuelto de sol” (pág. 22). Quizás no es ajeno a ello el hecho de que la colombiana Renata Durán prepara, en París, una tesis sobre la obra del notable poeta mexicano.

Las imágenes que “se besan ensismadas” (pág. 29), los reflejos que reflejan, todo corrobora este influjo, encaminado a capturar presencias bajo un foco de luz: una ciudad, una gota de agua, una montaña. El sol haciendo visibles figuras y sombras. Denunciando el reverso de las apariencias. Destacando colores y oscuridades.

Por ello, quizás, “octubre ocurre / como una / lenta enfermedad / gris” (pág. 17): allí donde lo visto y lo no visto se anulan. En medio de tales contrastes, algunos demasiado mecánicos, Renata Durán logra concretar apariciones indudables. Este es un ejemplo:

*Pasa en el aire
el olor
del desierto
del oxidado
rostro
de un hombre
escamas de plata
sobre su espalda
eterna (pág. 31)*

Oscilando entre la generalidad y la precisión, ella logra capturar, así, “el momento real”, que en tantos otros poemas se le escapa.

En la segunda parte del libro, *Corredores sonámbulos*, el énfasis se halla puesto en la relación amorosa. Sin embargo allí también la luz sigue actuando como elemento revelador. “Quiero abrazarme a ti / como una sombra transparente / de pura luz” (pág. 47). Pero en realidad no es la luz el elemento básico sino el agua. El agua que transforma el deseo en una profundidad insondable.

*tu voz
tu grito de placer
abro el mar
y lo extiando (pág. 53)*

Apertura al goce, entrega, en otro poema, que refracta y prolonga el anterior, sigue viendo el amante “iluminado / en mi agua” (pág. 57). Y en un tercero, incluso, añade:

*Recién nacidos
erámos los únicos
habitantes de ese lechoso
mar de luz
la armonía primera.
Depositada fui por ti
en esa playa
que nos salva (pág. 63)*

Imágenes marinas para recordarnos que el agua a la cual dedica un poema (pág. 45), constituye el lugar ideal, la burbuja amorosa, dentro de la cual los amantes recobran su inocencia. Lejos, incluso, de toda lascivia y sostenidos, apenas, por “la pureza rotunda / de los sexos” (pág. 43).

Sin embargo la horizontalidad del agua, matriz que envuelve y dentro de la cual se mecen los cuerpos, es permanentemente herida por los rayos verticales de la luz que engendra el deseo. Incandescencia, espiral de fuego donde “ardí / contigo / en una sola llama” (pág. 60). Agua y fuego: combustión, vapor que nubla la vista y engendra fantasmas. La elección carnal se ha transformado en pasión cósmica.

Si bien en esta parte la presencia de Paz también es perceptible —véase

pág. 51—, incluso en la disposición espacial de los versos, un poema como *Hay alguien que me espera* (pág. 39) trae consigo la ya reconocida voz de Alejandra Pizarnik, en su mejor libro: *Los trabajos y las noches* (1965).

De todos modos, en esta segunda parte del libro Renata Durán enriquece su vocabulario, reduciéndolo a lo esencial. Como dice el prologuista, Victor Massuh, ella prefiere “a veces la desnuda enumeración de los sustantivos” para cantar “el diálogo de los cuerpos como una forma del conocimiento”. Tiene razón Massuh: ella quiere “llegar a ser” (pág. 47) mediante estas “fiestas de agua”. Quiere tocar su propio fondo, su doble, viéndose a sí misma, en

*el recobrado verde
que una mujer
desnuda idéntica
a mí misma
rescata desde aquel
otro lado de la sombra
en el que un hombre
como tú
arrodillado
lanza al vacío
guijarros de esmeralda* (pág. 71)

Concluyendo esta segunda parte veríamos que su símbolo más propio no es, por cierto, ni el de la luz ni el del agua sino el ya mencionado del fuego. Gracias a él el erotismo transpasa la individualidad de los amantes resumiéndolos en una imagen que los sintetiza y a la vez los anula, yendo más allá de ellos. Renata Durán la expresa, bellamente, así;

*amasaremos juntos
con nuestras
cuatro manos
de amor
un joven
animal de fuego
que nos olvidará
y rodará
dichoso
por el mundo* (pág. 55)

Luego de esta exaltación eufórica, la tercera parte del libro es anticlimática: “Veré llover / y hará frío” (pág.

83), y en este invierno la anterior primavera está condenada a su extinción. El fuego se apaga, la luz está muerta, sólo quedan lágrimas y recuerdos. Sin embargo, incluso allí, en medio del fracaso, el canto logra, por instantes, recobrar su coraje y redimir el vacío que la aqueja, la sombra que la invade, esa cárcel en que se ha convertido la ciudad, vuelta apenas prisión, reiteración maligna de lo que alguna vez fue magia. Por ello dice:

*Tomaron mi cabeza
quebrada
la izaron
en un asta
febril
y cantaron por fin
en mi garganta* (pág. 81)

Las derrotas, sí, pero ya vueltas música. Redimidas por la voz que las ennoblece.

Como los poemas de Octavio Paz, también escritos en París, y que integran *Salamandra* (1958-1961), sobre todo su espléndido *Noche en claro*, aquí también las batallas se ganan y se pierden contraponiendo ciudad y pareja, historia y poesía. En un logrado texto, *La ciudad ennegrece* (pág. 79), escribe Renata Durán:

*hay un fantasma
en la ciudad
hay una sombra
que inventa
y distribuye
ventanas
muebles
árboles
adioses...
No pueden las palabras
con el peso
del mundo.*

A pesar de esta sospecha, ella trata, fragmentaria, precariamente, de que lo encarnen. Lo busca mediante la música o luego, ya en la cuarta y última parte del libro, gracias al registro de los propios cambios experimentados: “Renacemos de piel / todos los días. / Jamás somos los mismos” (pág. 103). O exaltando lo fugaz y perecedero. Como dice Mas-

uh, en el prólogo, “en este libro la poesía del júbilo convive con la de la desolación”, y sin embargo “este objetivismo descriptivo — que no se detiene en estados de ánimo y elude la efusión emocional— viene a decir que la introspección anímica importa menos que la realidad sorprendida en su fugaz maravilla” (pág. 10).

Pero la maravilla puede aburrir tanto como el goce puede trocarse en esterilidad e impotencia, según el objeto hacia el cual se oriente. Un poema breve, como éste, demuestra cómo el mundo, el mismo mundo, ya no la hechiza más. Se ha perdido la clave: “Roto el cristal / de nuevo / como una lágrima / sucia / el mundo rueda / sobre la piel / cansada/de la noche” (pág. 109).

Pero el relato final, *La barca de Isis*, ese poema en prosa donde los influjos centrales de este libro: Octavio Paz y Alejandra Pizarnik, afloran, de nuevo, busca integrar los diversos temas tratados a lo largo de su recorrido.

El deterioro de la ciudad —“Casas abandonadas. Paredes resquebrajadas. Objetos oxidados” (pág. 126)— y en medio de él la conciencia de quien sueña a su amante lejano y así, borganamente, lo crea y lo recrea. Le otorga vida, de nuevo. Sólo que sus motivos predilectos —el sol, el agua— ya no logran sino cerrarse sobre sí mismos: “Siempre reflejo del reflejo” (pág. 126). Por eso su pretensión final es la de romper los espejos, liberarse del tiempo, y sentir crujir “las herrumbrosas bisagras de la Eternidad”. Un buen final para un libro desigual.

Ya que él se sostiene más sobre el apunte breve y el hallazgo de colores y sorpresas fugaces que sobre la ardua y proseguida meditación que las citadas líneas finales parecen sugerir. Así, cuando Renata Durán va más allá de sus lecturas, adquiere una levedad, muy personal, para elaborar sus visiones. Esos pocos, pero ciertos instantes, habitados por una poesía inadjetivable. Un encanto frágil que asoma, aquí y allá, buscando concretarse y permanenciando, como el propio título del volumen, oculto y subterráneo. Rito se-

creto, ello lo reconoce así: "llega tu voz / a veces / a tocarme / la espalda / hay un roce / de sedas / en mi cuerpo / y tu respiración / me sorprende / con un beso de aire" (pág. 65)

Al lado de la de María Mercedes Carranza, Anabel Torres, Amparo Villamizar, Mónica Gontovnik, Orietta Lozano, Patricia Aguirre, Jimena Gómez o Lucy Fabiola Tello, su libro, mezcla de levedad y reflexión, confirma la actitud de aquellos que saludamos con entusiasmo su primer volumen, *Muñeca rota*, reconociéndolo como parte del vital y sugerente panorama de la joven poesía femenina colombiana. Un panorama, por cierto, que ya hay que considerar, en el ámbito latinoamericano (véase: J. G. Cobo Borda: "More Personal Paths: Spanish American Poetry, 1960-1980", en *Review*, núm. 34, enero-junio de 1985, Center for Interamerican Relations, Nueva York, págs. 21-75) como lo ha indicado la reciente antología de Ángel Flórez (Editorial Siglo XXI) y que confirma estas palabras de Montserrat Ordoñez, con las cuales presenta "La voz de las poetas latinoamericanas" (*El Espectador*, *Magazín Dominical*, Núm. 141, Bogotá, 8 de 1985, pág. 6-8): "Se acabó la antigua seguridad de ser únicas/ aisladas/ entronizadas y ahora pertenecen a una generación de solidaridad y cambio, que parte de lo cotidiano para proyectarse y del propio conocimiento para poder integrar el ajeno". De ella forma parte, por méritos que este nuevo libro corrobora, Renata Durán.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA



X.V.

Un poeta de lenguaje caliente

Poemas de tierra caliente

Jaime Jaramillo Escobar

Universidad de Antioquia, 1985.

Toda obra poética esta inscrita en un momento social determinado, aunque su intención sea negar ese contexto o trascenderlo. El afán de escurrir las palabras de esa vasija y modelar con ellas un objeto transparente, de larga duración, es un ejercicio condenado a un destino dramático: las lecturas del tiempo. O sus prolongados silencios. O la devolución, sonido tras palabra, del barro poético a la tierra seca de donde salió. Hasta quien escribe poesía para esclarecer ese presente aprenderá que nadie sabe para quién trabaja. Así, pues, las palabras no cesan de columpiarse entre afanes que pisan el mismo vacío. Sea, entonces, lengua que chisporrotea y aviva las cenizas de una comunidad en fuga.

¿De dónde provienen esos mensajes —en clave o directos como una cachetada— de Jaime Jaramillo Escobar? El vitalismo literario de los años sesenta, heredero, quiérase o no, de la generación Beat, impregna gran parte de una poesía que requiere de lectores que comulguen con una doctrina, marginal, que aspira a un cetro por derecho del verbo. "Cualquier acercamiento a la actual poesía colombiana exige una referencia al nadaísmo [...] Surgido entre los años cincuenta y sesenta, al final de una década de industrialización acelerada, conoce la dictadura militar y los regímenes de estado de sitio"¹. Dentro de este contexto global hallamos uno particular: Antioquia, con su burguesía "tradicionalista y ávida, aficionada al comercio, favorecedora de las inversiones extranjeras", al decir de Helena Araújo².

Estos continentes no explican la obra de Jaime Jaramillo Escobar,

pero ciertamente dialogan con ella desde un mapa cultural que incluye otros lenguajes. Pienso en Álvaro Mutis, Nicanor Parra o ese dúo dinámico en lengua francesa: Henri Michaux-Jacques Prévert. No hablo de influencias sino de levaduras compartidas. Recordemos el combate —amañado— con el ángel. O los recorridos lisérgicos de la mente / lengua de Michaux. Tampoco hay que olvidar a Walt Whitman en el Supermercado de Allen Ginsberg. De esta manera, *Los poemas de la ofensa*³ (ganador del sintomático premio Cassius Clay) hablan desde un existencialismo cruzado con los evangelios gnósticos y *Las mil y una noches* y tienen como música de fondo a los Beatles sonando al amanecer en rocola de cantina. Hay una voz platónica que repite: "...no somos más que cosas que ruedan, hechas todas a imagen y semejanza de Dios /, pero los poetas ponen en nosotros demasiado conocimiento, demasiada esperanza, podríamos decir. / Los poetas, que son sólo perturbadores del alma" (*Palabras de invierno*). Y algo más: recolectores de cosas, constructores de una ciudadela de palabras. La escritura, por eso, contagia el germen de la intriga: "La pregunta es siempre igual, pero todas las respuestas son distintas. / La clave no está ni en la pregunta ni en las respuestas sino en nosotros mismos" (*Los poliedros y las sustancias*).

Esta clave, revelada, devendrá la materia principal de los recientes libros de Jaramillo Escobar, *Sombrero de ahogado*⁴ y *Poemas de tierra caliente*⁵. Ambos dialogan entre sí, no sólo porque pudieron ser un solo volumen, sino porque despliegan nuevas interrogantes que ellos mismos están dispuestos a aclarar. Lectura de la tradición: Barba Jacob sigue a Guillermo Valencia en la tácita disputa de una supremacía ficticia; desde los epígrafes que abren ambos libros, los artesanos Eliot/Pound se corresponden con los rectores de

¹ Helena Araújo C, "X-504, un poeta nadaísta", *Estrait des Cahiers du Monde Hispanique et Luso-brésilien*, Caravelle 26, 1976

² *Ibíd*

³ Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1968. Cito por la más reciente: Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1985.

⁴ Medellín, Editorial Lealon, 1984,

⁵ Medellín, Universidad de Antioquia, 1985.